

LOS FUNERALES DE JOAQUIN ALBARRAN

Los funerales del inolvidable Joaquín Albarrán, han tenido lugar el domingo 21 de Enero, ante una muchedumbre inmensa, de la que formaban parte personalidades políticas, como los Presidentes de la Cámara y del Senado franceses; celebridades científicas, casi todos los Profesores de la Facultad de Medicina y un gran número de miembros de la aristocracia intelectual francesa e hispanoamericana.

Los honores oficiales fueron rendidos por el Decano de la Facultad de Medicina y quince Profesores, de toga, y precedidos de maceros. La Plaza de París envió una delegación. El General Collazo, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República de Cuba, representaba al Presidente y al Gobierno cubanos.

En el Cementerio de Neuilly, fueron pronunciados los discursos siguientes:

Discurso del Profesor Guyón

El Profesor Guyón, cuyo estado no le permitió dar el supremo adiós a su discípulo, encargó al Profesor Fernando Widal, compañero de estudios del Profesor Albarrán y uno de sus amigos más íntimos, que leyese en su nombre las siguientes líneas:

Querido Albarrán: sois de los destinados a vivir más allá de la tumba. La obra que habéis realizado durante vuestra corta existencia, preservará vuestro nombre, del olvido. Parece como si hubierais presentido la brevedad de vuestros días, queriendo compensar su corto número con la ardiente continuidad de vuestra brillante labor.

Después de haber adquirido en el curso de vuestros estudios un saber muy excepcional, proyectasteis sobre los puntos más importantes de la cirugía del aparato urinario, la indispensable claridad que antes faltaba. Vuestras fecundas investigaciones y vuestras muy importantes obras, os hicieron obtener esos grandes resultados.

Tan hermosa y notable evolución se realizó en el Hospital Necker. Ahí pasásteis, como interno, como medalla de oro, como

Jefe de clínica, como agregado, como titular de la cátedra que ocupé, veinte años de vuestra existencia. Yo mismo he pasado allí, casi cuarenta años de la mía. Os he visto allí engrandeceros y así se formaron y estrecharon los lazos que nos unen. Vuestra desaparición no podrá desatarlos.

El dolor que yo siento se añade a las desolaciones tan grandes del final de mi existencia. Cumplo en este momento una misión que no debiera pertenecerme. No soy yo quien debiera imponerse la misión tan cruel y dolorosa de decirlos el últimos adiós. ¡Sois vos quien debisteis darme este supremo testimonio de vuestra fiel afección!

Discurso del Dr. Jalaguier: President de la Sociéte de Chirurgie

La Sociedad de Cirugía se ha afectado profundamente por la muerte del Profesor Albarrán. En nombre de la Sociedad térfgo el doloroso deber de dirigir ante esta tumba, prematuramente abierta, un supremo adiós a nuestro eminente colega. Otros más autorizados, apreciarán las cualidades del hombre, del cirujano, del profesor. Podrán decir por qué actividad prodigiosa, por qué poderoso espíritu de originalidad y abierto a todas las manifestaciones del progreso, supo Albarrán conquistar la maestría. Lo que me incumbe recordar, es el sitio que ocupaba entre nosotros. Fué en nuestra Sociedad, uno de los más brillantes representantes de esa Escuela de Necker que nuestro querido y venerado Maestro el Profesor Guyón ha creado y marcado con huella imborrable.

Albarrán, digno continuador de su maestro, llegó a la cúspide, a la edad en que tantos buscan todavía su ruta. Pero se impuso trabajos superiores a sus fuerzas. Su salud se encontró pronto gravemente comprometida por esa labor excesiva y apasionada a la que debemos las notables obras que nos lega y que quedarán como monumento imperecedero. El mal que lentamente lo minaba lo hizo caer en pleno vigor intelectual, en la plena florescencia de su talento. Una fatalidad implacable no los quita en la hora más fecunda de su carrera triunfal. ¡Qué amargura, qué desesperante ironía!

Señores: Interpreto aquí los sentimientos de la Sociedad de Cirugía entera, dirigiendo a los inconsolables deudos de nuestro colega, a Mme. Albarrán y a sus hijos, el testimonio de nuestro duelo y de nuestro inalterable recuerdo.

Discurso del Profesor Agregado Cbevassu, Encargado del Curso de la Clínica de Necker.

¡La clínica de Necker está de duelo! Desde hace tres años presentíamos los crespones que hoy la enlutan y sufríamos desde el día en que el Profesor Albarrán, partió sin esperanza de volver, abatido por la enfermedad. Con lágrimas en los ojos vimos alejarse a este hombre siempre triunfante, que a pesar de todo su vigor, iba abandonando por girones, su salud, a sus enfermos y a la ciencia. Durante tres semestres sucesivos, la facultad me ha confiado la tarea de hacer vivir esta Clínica, cuya alma se había ausentado, y yo he respirado la tristeza de este servicio, angustiado unas veces por las noticias que se recibían, alegrado otras y concibiendo locas esperanzas al anuncio de una mejoría real de su querido enfermo, y bien pronto desesperado y sintiendo bien que nunca más volvería "el pobre Patrono" como le llamaban aún aquellos de nuestros discípulos que nunca le habían conocido.

Pero cuando una clínica ha recibido el impulso admirable de un Guyón y de un Albarrán, está dotada de una fuerza tal, que la desaparición del jefe no detiene instantáneamente su marcha. Es la recompensa del hombre de ciencia de sobrevivir en las verdades que ha demostrado y de perennizar en ellas su fuerza. Esta fuerza, la ha aplicado el Profesor Albarrán a todas las ramas de nuestra ciencia: la cirugía, la bacteriología, la anatomía patológica, le deben los más hermosos descubrimientos. Pero sobre todo nos deja un método infinitamente fecundo, la exploración funcional del riñón. El la creó por entero. Después de haber inventado la úngula, que nos permite guiar sondas en el uréter, ha abierto un campo desconocido a la patología renal. Mientras él atacaba con entusiasmo este terreno, donde a cada golpe de piqueta saltaban tesoros, sucumbe el peso de tantos descubrimientos acumulados. La pérdida es infinita, pues nos preguntamos ansiosamente, lo que hubiera podido hacer todavía, para la ciencia médica francesa, este hombre que había venido muy joven, de más allá de los mares, a consagrarle su energía y que la había elegido como la más digna de acoger su esfuerzo y la más capaz de perpetuarlo.

En nombre del servicio de la Clínica de Necker, vengo a inclinarme, lleno de admiración y de reconocimiento, ante los despojos del Profesor Albarrán, y a obligarnos, ante los seres que él

ha querido, a conservar piadosamente el nombre del Maestro, su enseñanza y su método.

Discurso del Dr. Gastón Picot; Jefe de Clínica de Necker

Con el corazón traspasado por el dolor, vengo a ofrecer, venerado y caro Maestro, el homenaje y el reconocimiento de vuestros discípulos.

Desde hace tres años una implacable enfermedad os ha alejado de vuestro servicio. Por vuestra ciencia, por vuestra energía, por la abnegación infinita de vuestra mujer y de vuestra hija querida, habéis luchado contra el mal más allá de toda esperanza y habéis asombrado hasta el mismo destino.

Pero durante esta ausencia, vuestro recuerdo no nos ha abandonado un instante; cada mañana inquiríamos las noticias más recientes. ¡Ah! Si hubiéseis visto como nos regocijaban las buenas nuevas y las excusas que encontrábamos para atenuar los progresos de la enfermedad! A pesar de la evidencia, en nuestra imaginación llegábamos a esperar, a creer posible vuestro retorno. Este retorno lo hicisteis una vez. Recordad la desbordante alegría de maestros, discípulos, amigos y enfermos, que no temieron imponer la fatiga de reunirlos para festejaros. Estabais tan vivo entre nosotros, que al cerciorarnos de que acabáis de cerrar los ojos para siempre, una angustia horrible se apoderó de nosotros como si un mal inesperado os hubiese bruscamente arrebatado a nuestro afecto.

Si vuestra pérdida nos aflige tan hondamente, es porque es imposible concebir un Maestro más afectuoso. Discípulo querido del mejor de los Maestros, teníais a quien corresponder: considerabais vuestros internos como hijos vuestros, y los acogíais en vuestra intimidad con tanta sencillez, que era un encanto. Gustábais de departir con ellos; de exponerles vuestros trabajos: no llegaban a veces hasta pedirles consejos, porque sabíais el afecto profundo que os profesaban. Tuvisteis siempre para vuestras discípulos la bondad de la que érais pródigo. Nunca sus discípulos olvidarán vuestra enseñanza: vuestros exámenes a la cabecera del enfermo, vuestras policlínicas del sábado, vuestras lecciones magistrales del miércoles, quedarán para siempre grabadas en su memoria. Vuestra enseñanza es un ejemplo de lógica impecable, y vuestra ex-

presión tan viva, tan penetrante, tan persuasiva, le comunicaba un encanto especial.

Si hubiéseis visto después que abandonábais la Sala, con qué entusiasmo vuestros discípulos se hacían eco de vuestras palabras, con qué ardor transcribían al joven estudiante y al médico extranjero la enseñanza que habían recibido, habríais sentido como cumplían la más cara de vuestras tareas: la de continuar la tradición de Necker.

Adiós Patrono, dormid en paz; vuestro recuerdo quedará siempre grabado en el corazón de vuestros discípulos.

Discurso del Profesor Dupre

La fraternal amistad que desde hace veinte y cinco años nos unía a Albarrán, me impone el doloroso honor de enviarle en nombre de todos los que vivieron en su afectuosa intimidad, el supremo adiós. Más que nadie, en efecto, he podido seguir de cerca la evolución y el fin de nuestro gran amigo; y en este momento, me asaltan tantos recuerdos, me invade tal emoción, que no se si seré capaz de expresar los sentimientos que me embargan y de rendir a esta querida Memoria, el justo homenaje.

Sucumbiendo a los progresos de la consunción diabética y tuberculosa que le minaba desde hace varios años. Albarrán muere a los cincuenta y un años, todavía al principio de su carrera profesional, pero ya en el apogeo del renombre científico y profesional.

Voces competentes elogiaron en su originalidad su riqueza y sus preciosos resultados, su obra clínica, experimental, técnica y operatoria. Pero a falta de títulos científicos que me sea permitido evocar ante todos vosotros las magníficas cualidades del ser superior que acaba de desaparecer: ¡su inteligencia luminosa, su exquisita sensibilidad, su actividad incansable!

Maravillosamente dotado para la lucha por la vida, Albarrán, cualquiera que fuese el terreno adonde dirigiera su actividad había nacido para la victoria. Pero luchaba como héroe caballeresco y leal. Y si en su carrera venció a todos, sin embargo, a nadie hirió; pues nunca espíritu más elevado, corazón más generoso, tempera-

mentó más entusiasta, se asociaron a tantas energías para un combate más noble.

Fue durante veinte años, señores, un hermoso espectáculo, el de este joven, venido de su lejana Isla, a París, desconociendo por completo nuestra lengua y nuestra sociedad; pero animado de los ardores de su raza y de la esperanza de su adolescencia, resuelto a afrontar los concursos, y llegando, al través de todos los éxitos, al término de una carrera triunfal, a la conquista de la primera situación quirúrgica del mundo. Pero a los testigos íntimos de la vida de Albarrán, les estaba reservado el ejemplo, más precioso todavía, de sus altas virtudes morales. Nuestro amigo era, en efecto, un hombre sensible y bueno por excelencia, dichoso ante todo por proporcionar la felicidad en su rededor. Cariñoso y caritativo con sus enfermos, fiel a sus discípulos, abnegado con sus amigos, apasionado por las causas justas. Albarrán practicó, sin reserva, y con una magnánima y ferviente espontaneidad, todas las formas de la solidaridad y del altruismo.

Así fue su obra, la de un prodigo. A pesar de los afectuosos consejos de su Maestro Guyón, no obstante las instancias de sus amigos, Albarrán persistía en medio de las crecientes obligaciones de su enseñanza y de su práctica, en emprender nuevos trabajos, en publicar Memorias y libros, en multiplicar el empleo de su generosa y fecunda actividad. Estaba como ansioso de las ocasiones de excederse a sí mismo. Y no hay tesoro por rico que sea, que no se agote con tales larguezas. La rebosante vitalidad que empujaba imperiosamente a Albarrán a estos prodigios de actividad, debían bien pronto perjudicar las fuentes mismas de su nutrición y preparar la derrota de su organismo. Agotado por la incesante prodigalidad de sí mismo; consumido, por decirlo así, por su propio resplandor, este ser excepcional debía extinguirse prematuramente y según la frase fatal del poeta: *Propter vitam, vivendi perdere causas!*

Entonces en el curso de su enfermedad y ante la muerte, este hombre tan apasionadamente enamorado de la acción y de la vida, mostró en su lucidez de médico y en su serenidad de filósofo, la suprema belleza de su alma, que exenta de creencias y de esperanzas, sabe resignarse a la nada, después de haber luchado por su ideal en medio de los hombres y únicamente para la humanidad.

Al menos experimentamos el consuelo de saber que el terrible suplicio de una enfermedad tan lenta, fué mitigado por los cuidados fieles y piadosos de su amante esposa y que un rostro angelical no cesó de ofrecerle hasta el inicio de su agonía, la gracia de su sonrisa y el testimonio de su adoración!

Ante esta tumba, tengo el deber de evocar el recuerdo de la que fué su primera mujer y que arrebató a su cariño, en circunstancias atroces de impotencia y de horror, un mal fulminante, del cual había salvado tan frecuentemente, con su seguro diagnóstico y su decisiva intervención, tantas mujeres!

Hablaré, en fin de estas cuatro adorables criaturas rodeadas por la señora Albarrán de la misma atmósfera de cuidados y de amor, y, sobre cuyas cabezas se extiende la deuda de reconocimiento que casi todos nosotros hemos contraído con su padre.

Oh!, mi querido Albarrán! Flor maravillosa de la humanidad latina brotada bajo el cielo ardiente de los trópicos y que debías abrirte en el risueño jardín de Francia; te hemos visto demasiado pronto marchitarte y morir! Puedan tus restos fecundar la tierra de tu patria adoptiva y reverdecer en nuevas palmas! Puedan tu recuerdo y tu ejemplo, estimular, como vivificante ingerto, la savia de las nuevas generaciones, y sembrar el suelo nacional de flores humanas, herederas de tu brillo, de tu perfume, de tu soberana hermosura!

Discurso del Dr. León Bernard, Profesor Agregado

Mi querido Maestro: En nombre de todos los discípulos cuyo espíritu habéis forjado y secundado sus esfuerzos, tomo la palabra sin duda porque soy el más antiguo, el que os ha querido y admirado más largo tiempo, uno de los que más os deben.

Sin embargo, no es ahora que el pensamiento le oscurece la desolación, cuando podremos proclamar como conviene todos los tesoros que prodigó vuestra maravillosa inteligencia, que, ¡ay!, hasta el fin guardó esa lucidez, esa claridad que constituían su fuerza soberana. En ella se encontraba la fe tranquila en el progreso, el ardor inextinguible en la persecución de la verdad, el generoso entusiasmo en el conflicto de ideas, que son propios del verdadero sabio. A estas cualidades ya trascendentales, añadíais el sentido preciso a las realidades clínicas, la intuición espontá-

nea al lado de la facultad a la vez natural y reflexiva de no apartaros nunca de los hechos positivos, cualidades maestras del espíritu médico... Pero vuestra necesidad de acción os hizo Cirujano.

Con qué emoción y tristeza recuerdo las jornadas de Laboratorio en este Hospital Necker, que parecía vuestro segundo hogar; esas jornadas en que en el trabajo colectivo, érais según la expresión del Poeta, como el "Animador".

Esta rectitud de juicio, esta cultura extensa, este amplio espíritu, esta originalidad de ideas que brotaban de vuestro pensamiento siempre en tensión, todos vuestros discípulos las han aprovechado ampliamente y la huella imborrable y bienhechora que les habéis dejado, queremos que nos guie en la labor de mañana.

Pero lo que mas vivamente todavía conservarán en la memoria los que, como yo, han tenido la dicha demasiado breve de vivir en vuestra intimidad, de conoceros verdaderamente, es la altura y el liberalismo de vuestros principios, la inagotable riqueza de vuestro corazón, la generosidad de vuestras ideas, la probidad de vuestro carácter. Érais esencialmente bueno y abnegado. De vuestros enfermos, de vuestros discípulos, de vuestros amigos, de vuestros parientes, de vuestros servidores, ¿quién no lo ha experimentado como yo?

He pasado a vuestro lado el período, a la vez tan brillante y tan doloroso, de vuestra existencia. He sido el confidente de vuestras penas, de vuestras alegrías, de vuestras ambiciones; puedo decir que nunca, aún en los días trágicos, aún en los momentos en que más sufristeis la injusticia de los hombres o de la suerte, nunca salió de vuestros labios una palabra que no fuese inspirada por los más nobles y elevados sentimientos.

No todo el mundo os ha conocido tal como érais. Pero el alma que hemos querido, que habéis revelado publicamente por lo menos dos veces en vuestra incomparable lección inaugural de Profesor, y en el discurso de filosofía tan serena que pronunciásteis en esa fiesta del Quai d'Orsay —que con dolor recordamos—, esta hermosa alma, voces más autorizadas y más eminentes que la mía, proclamaron sus raras virtudes. Y pienso aquí en nuestro pobre y venerado Maestro, en nuestro querido y gran Guyón,

agobiado por todas las penas, hasta la de llorar al Discípulo que había escogido para que fuese el fiel depositario y el digno continuador de su tradición moral y de su enseñanza científica.

Para nosotros, discípulos vuestros, se halla trazado nuestro deber. Nada olvidaremos de vuestras enseñanzas, trataremos de seguir vuestro surco y de velar por la obra que dejais. Nos abrazaremos a vuestro nombre como a una bandera. Nuestro afecto y nuestra adhesión para vos, los prodigaremos a vuestra querida y desgraciada familia: la mujer admirable que con tanta valentía compartió vuestro cruel destino!; que supo con la angustia en el corazón y sin rendirse a la pena ni a la fatiga, conservar la expresión sonriente que fue vuestro encanto— vuestros hijos, a quienes en medio de tantos cuidados dedicabais lo mejor de vuestro corazón y sabrán ser dignos del nombre que llevan.

¡Adiós, querido Maestro! ¡Adiós para siempre!

Discurso del Dr. Heiíz-Boyer, Jefe del Laboratorio del Hospital Necker.

Maestro: Mi bien querido Patrono. Vengo a daros el adiós supremo. Hace tres años tomaba yo la palabra en nombre de vuestros discípulos, para ofreceros el homenaje de nuestra admiración y de nuestro afecto. Una mejoría de vuestra salud ya afectada por la enfermedad, nos hizo esperar entonces, un porvenir menos sombrío. Hoy es ante vuestra tumba que vengo a ratificar mi inalterable fidelidad.

Oh!, Maestro: reposáis ahora dormido en esa Muerte que creencias consoladoras no os la idealizaban; pero el porvenir magnificará la obra que os sobrevive. El país donde habéis nacido, reivindicando su parte de vuestra gloria, ya os ha levantado una estatua. En nuestra Francia, que vuestro espíritu y vuestro corazón adoptaron por patria, nuestra admiración consagrará vuestra memoria en un monumento más espléndido todavía, el de vuestras obras.

La Escuela de Necker recordará que de las manos paternas de su fundador recibisteis la investidura de jefe y que en vuestro corto tránsito, vuestra personalidad dejó su huella con sello imborrable.

De vuestros trabajos, tan documentados, tan llenos de ideas nuevas; de vuestros fecundos descubrimientos, de vuestro carácter tan superiormente enérgico y activo, nosotros, vuestros discípulos, hemos experimentado, probado el inolvidable prestigio, y hacia vos se dirigirá siempre nuestro pensamiento agradecido.

Adiós, mi más amado Maestro. Si percibiérais el murmullo que hacen los humanos, hasta vos llegaría el eco de nuestra tierna admiración y de nuestro dolor.

S U M M A R Y

A description of Dr. Albarran's burial, at which time seven speeches were made. The first one, that of Professor Guyon, read by Professor Vidal, said:

"Dear Albarran, you are of those destined to live beyond the grave. The task you have accomplished during your short life will preserve your name from oblivion. It would have seemed that you foresaw the brevity of your days, and wanted to compensate for their small number by the ardent pursuit of your brilliant work.

"Having gained, in the course of your studies, a superior knowledge, you shed on the most important points of the surgery of the urinary tract the light they needed and that they lacked before. Your fruitful researches and your outstanding work led you to such brilliant results."

Dr. Jalaguier, Chairman of the Surgical Society, then said:

"Albarran the worthy follower of his teacher, reached the summit at an age when so many still seek their way. But he set for himself tasks that were beyond his strength. His health soon became endangered by the excessive and strenuous task to which we owe the extraordinary works he left us and that shall be an everlasting monument.

"The disease that slowly undermined him, struck him down in full intellectual vigor, in the full bloom of his talent. A ruthless fate takes him away from us at the most fruitful hour of his triumphant career. What grief, what a dismal irony"

Professor Chevassu described the mourning of the Necker Clinic:

"When a Clinic has received the admirable impulse of a Guyon and an Albarran, it is endowed with such a force, that the disappearance of its leader does not bring it to a sudden stop. It is the scientist's reward to survive in the truths he has demonstrated, and to perpetuate his force in them. Such force, Dr. Albarran applied it to every branch of our science: surgery, bacteriology, anatomic-pathology owe him the most wonderful discoveries.

But, above all else, he leaves us an infinitely fruitful method: the functional study of the kidney. He created it entirely. After devising the mitre, enabling us to guide a probe in the ureter, he opened an unexplored field to the pathology of the kidney. While he eagerly searched this new field, where at every stroke now treasures were unearthed, he fell under the weight of so many assembled discoveries. The loss cannot be assessed, for we wonder with anguish what could still the seas, to devote his energies to it and had chosen it as the most worthy of receiving his exertions, and the most capable of perpetuating them."

Dr. Gastón Picot said, next:

"If we are so deeply grieved by your death it is because it is impossible to conceive of a kinder master. The favourite disciple of the best of teachers, you laid on whom to reciprocate; you considered your resident students as «sons» and welcomed them to your privacy with such simplicity that it was embarrassing. You liked to talk with them, explain your work to them; you would even seek their advice, knowing of their deep affection, for you. You always had for your students that kindness you so generously lavished."

"Your students will never forget your teaching: your examinations at the patient's bedside, your polyclinics of the Saturday, your formal lecture* of the Wednesday shall forever remain engraved in their memories. Your teaching was a model of impeccable logic, and¹ your expression so full of life, so penetrating, so convincing, that it endowed it with a special charm."

Professor Dupre said:

"Splendidly gifted for the struggle for life, Albarran was born to victory, whatever the field where he had exercised his activity. But he fought as a chivalrous and loyal hero. And while he surpassed them all in his career he, nevertheless, hurried none, for never a lighter spirit, a kinder heart, a livelier nature were coupled to such vigour for a nobler struggle."

"It was, Gentlemen, for twenty years, a magnificent spectacle that of this young man, coming from his distant Island in the darkest ignorance of our language and our society, but full of the eagerness of his race and the hope of youth, ready to face every challenge and, going from success to success, winning, at the end of his triumphant career, the leading surgical position in the world."

"But to those who were the close witnesses of Albarran's life was reserved the still far more wonderful example of his moral virtues. Our friend was, indeed, above all, a sensitive and kind man, whose greatest joy was to bring happiness around him."

"Kind and gentle with his patients, loyal to his students, devoted to his friends, the champion of just causes, Albarran practiced, without reservations and with noble and fervent spontaneity, every form of solidarity and altruism."

Speaking on behalf of his students, Dr. Bernard said:

"With what emotion and sorrow I remember the Laboratory days, in this Necker Hospital that seemed to be your second home, those days when, in the work in common, you were, after the Poet's expression, the very "Heart and Soul!"

"All your students have amply profited from your unswerving judgment, your vast culture, your broad mind, from that originality of ideas springing from an always active brain, and we want that lasting and valuable mark you left with us to be our guide in to-morrow's work."

"But the thing those who, such as me, had the all too short privilege of sharing your private life with you shall remember still more vividly, is the loftiness and liberalism of your principles, the inexhaustible wealth of your heart, the probity of your character. Above all else, you were kind and devoted. Who, among your patients, your students, your relatives, your servants, did not, as I, experience it?"

"I spend, by your side, those days at once so brilliant and so sad of your life. I was the confidant of your pains, your joys, your ambitions. I can say that not once, not even in the grievous days, even when you suffered the most from the unfairness of men or fate, a word was uttered by your lips that was not inspired by the noblest and highest feelings."

Dr. Heitz Boyer said:

Oh, Master! lie now in that Death that consoling beliefs did not idealize for you, but the future shall praise the task that survives you. The country where you were born, claiming its share of your glory, has already built a status for you. In our France, that your mind and your heart adopted for fatherland, our admiration shall perpetuate your memory in a still more splendid monument, that of your works."

"The School of Necker shall remember that the fatherly hands of its founder in venerated you as chief, and that, in its brief passage, your personality marked it with its everlasting seal!"

S O M M A I R E

Description des funérailles du Dr. Albarran, à l'occasion desquelles sept «discours furent prononcés. Le premier, celui du Professeur Guyon, qui fut lu par le Dr. Vidal, était conçu en ces termes:

'Cher Albarran,

"Vous êtes de ceux destinés à vivre au delà de la tombe. L'oeuvre que vous avez réalisée pendant votre courte vie préservera votre nom de l'oubli. Il semblerait que vous eussiez pressenti la brièveté de vos jours, et vouliez en compenser le petit nombre par la poursuite ardente de votre brillante tâche.

"Ayant acquis, dans vos études, un savoir hors pair, vous avez jeté sur les points les plus importants de la chirurgie des voies urinaires la carte indispensable qui, jusqu'alors, leur faisait défaut. Vos recherches fécondes et votre insigne labeur vous ont permis d'atteindre ces grands résultats."

Le Dr. Jalaguier, Président de la Société de Chirurgie, s'exprima ainsi:

"Albarran digne continuateur de son maître, parvint au sommet à l'âge où tant d'autres cherchent encore leur voie. Mais il s'imposa des tâches supérieures à ses forces. Sa santé se vit bientôt compromise par ce travail excessif et passionné auquel nous sommes redevables des ouvrages remarquables qu'il nous a légués et qui continueront à être un monument impérissable. Le mal qui lentement le minait Tabattit en pleine vigueur intellectuelle, en pleine épanouissement de son talent. Un sort implacable nous le ravit à l'heure la plus féconde de sa carrière triomphale. Quelle amertume, quelle désespérante ironie!"

Le Professeur Chevasson parla en ces termes du deuil de la Clinique de Necker:

"Lorsqu'une Clinique a reçu l'essor admirable d'un Guyon et d'un Albarran, elle est douée d'une force telle que la disparition du chef n'en brise pas, net, l'édifice. C'est la récompense de l'homme de sciences que de survivre aux vérités qu'il a démontrées et de perpétuer en elles sa force. Cette force, le Professeur Albarran l'a appliquée à toutes les branches de notre Science: la chirurgie, la bactériologie, l'anatomie pathologique lui sont redevables des plus belles découvertes. Mais, par dessus tout, il nous a légué une méthode infiniment féconde: l'exploration fonctionnelle du rein. Il l'a créée tout entière. Après avoir inventé l'angiogramme, qui nous permet de guider des sondes dans l'urètre, il a ouvert un domaine inconnu à la pathologie rénale. Alors qu'il s'attaquait avec enthousiasme à ce domaine où des trésors jaillissent à chaque coup de pioche, il succomba sous le poids de tant de découvertes accumulées. La perte est infinie, car nous nous demandons avec angoisse ce qu'aurait pu faire encore pour la science médicale française cet homme qui était venu très jeune d'au delà les mers consacrer son énergie et qui l'avait choisie comme la plus digne d'accueillir ses efforts et la plus capable de les perpétuer."

Le Dr. Gastón Picot s'exprima ensuite de la façon suivante:

"Si votre perte nous afflige si profondément, c'est qu'il est impossible de concevoir un Maître plus affectueux. Disciple bien-aimé du meilleur des Maîtres, vous aviez à qui correspondre: vous considérez vos internes comme des fils et les accueillez dans votre intimité avec tant de simplicité que c'en était charmant. Vous aimiez à vous entretenir avec eux, leur expliquer vos travaux; il vous arrivait même, sachant leur profonde affection pour vous, de leur demander conseil. Vous eûtes toujours pour vos élèves cette bonté dont vous étiez si prodigue. Vos élèves n'oublieront jamais vos enseignements: vos examens au chevet du malade, vos polycliniques des samedis, vos leçons magistrales des mercredis resteront à jamais gravées dans leur mémoire. Votre enseignement était un modèle de logique impeccable, et votre expression si vivace, si pénétrante, si persuasive lui donnait un charme particulier."

Le Professeur Dupré dit:

"Merveilleusement doué pour la lutte pour la vie, Albarran, quel que fût le terrain vers où il out acheminé son activité, était né pour la victoire. Mais il luttait en héros chevaleresque et loyal. Et si dans sa carrière il les vainquit tous, cependant il ne blessa personne, car jamais un esprit plus élevé, un cœur plus généreux, un tempérament plus enthousiaste ne s'étaient alliés à tant d'énergies pour un plus noble combat.

"Ce fût, Messieurs, pendant vingt ans, un magnifique spectacle que celui de ce jeune homme, venu de son lieu lointain à Paris, sans rien connaître ni de notre langue ni de notre société, mais animé du feu de sa race et des espoirs de son adolescence, décidé à affronter tous les concours et parvenant, à travers tous les succès, au terme d'une carrière triomphale, à la conquête de la première place chirurgicale du monde.

"Mais aux témoins intimes de la vie d'Albarran leur était réservé l'exemple, encore plus précieux, de ses hautes vertus morales. Notre ami était, en effet, un homme sensible et bon par excellence, heureux, avant tout, de procurer le bonheur autour de lui. Affectueux et charitable avec ses malades, fidèle à ses élèves dévoués avec ses amis, passionné pour les causes justes, Albarran pratiqua sans réserves, et avec une magnanimité et fermeté spontanées, toutes les formes de la solidarité et de l'altruisme."

Au nom de ses élèves, le Dr. Bernard dit:

"Avec quelle émotion et tristesse je me souviens de ces journées de Laboratoire à cet Hôpital Necker, qui semblait être votre seconde demeure, ces journées où, dans le travail collectif, vous étiez, selon l'expression du Poète, l'Animateur."

"Cette rectitude de jugement, cette vaste culture, cet ample esprit, cette originalité des idées qui jaillissent de votre pensée toujours en tension, tous vos élèves en ont amplement profité et l'empreinte ineffaçable et bienfaisante que vous avez laissée en eux, nous voulons qu'elle nous guide dans notre travail de demain.

"Mais le souvenir le plus vivant qui restera gravé dans la mémoire de tous ceux qui, comme moi, ont en la joie trop brève de vivre dans votre intimité. Je vous connais vraiment, c'est l'élevation et le libéralisme de vos principes, l'inépuisable richesse de votre cœur, la générosité de vos idées, la probité de votre nature. Vous étiez bon et dévoué par excellence. Qui, de vos malades, de vos élèves, de vos amis, de vos parents, de vos serviteurs n'a pu, comme moi, l'éprouver?"

"J'ai passé à vos côtés la période si brillante et si douloureuse de votre existence. J'ai été le confident de vos peines, de vos joies, de vos ambitions; je puis dire que jamais, même aux jours tragiques, même aux moments

ou vous souffriez le plus de Pinjustice des honimes et du sort, un mot ne sortit de vos lévres qui ne fût inspiré par les sentiments les plus nobles et les plu? éievés."

Le Dr. Heitz Boyer s'exprima ainsi:

"Oh, Maitre! reposez maintenant du sommeil de cette Mort que des croyances consolantes ne vous idéalisaient point, car l'avenir lera honneur á l'oeuvre qui vous survit. Le pays où vous naquites, revendiquant sa part de votre gloire, vous a déjà dressé uné statue. Dans notre France, que votre esprit et votre coeur adopterent pour Patrie, notre admiration consacrera votre souvenir en un mo- nument encore plus splendide: celui de vos ceuvres.

"L'Ecole de Necker se souviendra que c'est des mains paternelles, de son fondateur que vous reçûtes l'investiture de chef, et qu'a son passage votre personnalité l'a marquée, á tout jamais, de son empreinte."

